

APUNTES SOBRE

En un interesante artículo que acaba de aparecer en "Look", George Kenan, el embajador renunciante de Estados Unidos en Belgrado, dijo que la política exterior norteamericana no había definido si su propósito era obligar al adversario a capitular incondicionalmente, provocar un cambio dentro del mundo comunista o llegar a una guerra simplemente. La cuestión cobra un dramático interés ante la trágica muerte de John F. Kennedy, trigésimoquinto presidente de los Estados Unidos —el hombre a quien le tocaba realizar esa definición.

El gobernante asesinado en Dallas ha sido uno de los presidentes norteamericanos más discutidos en lo que va de siglo. Las fuerzas conservadoras dentro de su país y en el mundo entero lo acusaron implacablemente de ingenuo,

¿ESTADISTA O POLITICO?

Empezaremos por repetir la opinión, unánimemente aceptada, de que estábamos en presencia de uno de los políticos más naturales e intuitivos de la hora presente. Si alguien nació para la política, ése fue John Fitzgerald Kennedy. No obstante, muchos que le concedieron esas dotes llegaron a poner en duda que fuese realmente un estadista o consideraron que el político, en Kennedy, ahogaba al estadista.

A mi modo de ver, no existe contradicción entre ser político y ser estadista. Un político es un hombre realista, con tendencia a la negociación y al compromiso. El que se pueda calificar de estadista a alguien que posea esas cualidades dependerá de que tenga por encima de todo una concepción del mundo y del papel que su país debe jugar dentro de esa concepción. Y, por supuesto, de que actúe consecuentemente con ella. ¿Qué podemos decir de John Kennedy? En mi opinión, que poseía esa concepción y que existía suficiente armonía entre sus talentos de político y de estadista.

UN MUNDO EN TRANSICION

Kennedy parecía estar profundamente convencido de que vivimos en una época de transición. Esta palabra no está usada —como piensan algunos cada vez que se la menciona— para denominar una etapa de tránsito hacia una sociedad más o menos marxista. Ella se refiere, por el contrario, a una época de cambios rápidos y profundos debidos a la aparición de la era atómica, el avance de la tecnología, la emergencia de nuevas naciones y una especie de remodelación de ideas, instituciones y relaciones internacionales. Estos elementos resultan tan nuevos y sugestivos para los líderes del mundo capitalista como para los del mundo comunista. Ni Marx, ni sus seguidores doctrinarios o políticos pudieron sospecharlos.

Hoy soplan vientos de cambios en el mundo y aun dentro de la cerrada sociedad comunista. Ante esos vientos, hay estadistas que prefieren adoptar posicio-

nes rígidas y dar prioridad al escepticismo sobre la esperanza. Kennedy no era de éstos. Era un espíritu auténticamente humanista y cristiano y, por tanto, optimista acerca de la capacidad del hombre para escapar de las prisiones del materialismo.

Mas como poseía además una inteligencia adornada por las cualidades de la moderación, prefirió no dejarse arrebatar por ilusiones y moverse en ese terreno con realismo y cautela.

LOS "MINUTEMAN" Y LA RAMA DE OLIVO

Kennedy actuó siempre como si estuviese íntimamente persuadido de que había lugar en el mundo —bajo ciertas condiciones— para sistemas sociales diferentes y que en todos ellos existían hombres que se negaban a aceptar el dogma de la inmutabilidad de las ideas políticas y económicas. En este sentido, su posición era bien diferente a la del presidente Eisenhower, quien, a pesar del "espíritu del Campo David", nunca pareció creer que dentro del mundo comunista pudiera surgir algún proceso de cambio, por incierto, tímido y vacilante que pudiera ser ese proceso.

Pienso que Kennedy —que creía en la paz y el cambio— supo actuar con mucha sensatez y firmeza en el campo de las relaciones con la Unión Soviética. Luego de la catástrofe de Girón, decidió brindar a los rusos la oportunidad de elegir entre la paz y la guerra —la rama de olivo a los "minuteman". Pero a ambos les puso un alto precio. El de la paz sería, para los soviéticos, renunciar a la conquista violenta del resto del mundo. Y el de la guerra, la destrucción de su suelo.

Esto explica que el resultado de la crisis de octubre haya sido el alivio de las tensiones internacionales y la firma del tratado de proscripción de pruebas nucleares. Mas, luego de obtener una victoria aplastante, Kennedy —de acuerdo con su idea de la mutabilidad— tuvo buen cuidado de no herir hasta un punto irreparable el orgullo soviético y de brindar a Khrushchev

JOHN F. KENNEDY

"tonto útil" —ese lugar común que tanto usan los anticomunistas profesionales y algunos pasados de listos— y hasta de cómplice de una gran entrega de su patria a la Unión Soviética. De otro lado, La Habana y Pekín nunca escatimaron insultos y violentos ataques contra quien consideraban un "guerrerista simulador" que seguía una política de duplicidad en sus relaciones con el mundo comunista.

Este trabajo no pretende ser un examen definitivo de la obra de gobierno de John Kennedy, puesto que carecemos de la información, perspectiva y tiempo necesarios. Se trata nada más que de algunos apuntes sobre la personalidad del joven líder —el que fue el primer presidente católico en la historia de los Estados Unidos. Unos apuntes que intentan señalar que Kennedy sí poseía una idea clara de su política exterior.

la oportunidad de reajustar sus ilusiones con los imperativos de la realidad.

LA APERTURA AL TERCER MUNDO

La conquista de la buena voluntad de las naciones nuevas —y en especial de las no comprometidas— fue un objetivo importante de la política del Presidente. Creo que fue sincero —además de muy inteligente— en su apertura al tercer mundo. El pensamiento de Dulles, de que "cualquier neutralismo es inmoral", colocaba ante una disyuntiva fatal a todos los pueblos que querían desglosarse del enfrentamiento capitalista-comunista. Según Dulles, no había otra elección que con los Estados Unidos o contra los Estados Unidos. Kennedy reconoció el derecho de los pueblos a elegir una política independiente. A esto se debe el alejamiento de líderes africanos importantes, como Sékou Touré o Modibo Keita, de la influencia soviética. Aun hombres tan difíciles como Sukarno de Indonesia o Ben Bella de Argelia han sido influenciados por la actitud de Kennedy y la audacia y buen tino que empleó para respaldar esa actitud.

La política de Kennedy hacia la América Latina puede ser vista, en cierto modo, relacionada con esa manera suya de juzgar a los demás pueblos. Durante la campaña presidencial él había dicho a un grupo de íntimos: "Si yo soy electo, conmigo terminará definitivamente la imagen del imperialismo norteamericano." Hay que reconocer que esa imagen está en liquidación después de menos de tres años de haber dicho aquella frase, y dependerá de sus sucesores el que desaparezca absolutamente o alcance algún grado de recuperación.

LA POBREZA Y EL COMUNISMO

Creo que la conducta de Kennedy hacia nosotros ha estado orientada por tres principios fundamentales. El primero fue su convicción de que una revolución —es decir, una serie de cambios profundos, sucesivos, radicales y urgentes, y no necesariamente sangrien-

tos— ha de tener lugar en este hemisferio. Esa revolución puede ser asociada al comunismo o separada del comunismo. Kennedy entendió que oponerse a ella era asociarla inevitablemente al comunismo. Entonces decidió abrirle un camino de benignidad, ayuda y tolerancia.

Por otra parte, hay que recordar que el presidente asesinado siempre insistió en que —problemas del comunismo aparte— esa revolución era justa y debía realizarse. Cuando le preguntaron si la Alianza para el Progreso —ese camino que él quiso abrir— era una respuesta al comunismo, él contestó que era una respuesta al hambre, a la pobreza y a la injusticia social.

Él nunca se detuvo en esa cuestión, que a veces parece tornarse un poco semántica, de si la pobreza es o no es la causa del comunismo. Simplemente, entendió que la pobreza debe ser eliminada y el comunismo vencido, como dos males igualmente opresores y perversos. Y así como supo brindar a la Unión Soviética la posibilidad de elegir entre el aniquilamiento atómico y la rama de olivo, trazó una estrategia contra la pobreza y otra contra el comunismo.

Esa estrategia —es decir, ambas— ha comenzado a dar sus frutos.

NOTAS SOBRE LA IMPACIENCIA

John Kennedy entendió que la América debía hacer su revolución en democracia y que había que responder crudamente al reto de la subversión comunista. Es lógico que la política derivada de ese entendimiento resultara compleja y no pudiera ser representada tan esquemáticamente como muchos quisiéramos. Por eso algunas expresiones de impaciencia tienen bastante color de demagogia.

En general, ha sido el primer presidente norteamericano que ha estado dedicado a salvaguardar y hacer progresar las instituciones democráticas en este hemisferio. Pero es preciso no olvidar que un jefe de Estado tiene, como primer deber, que proteger la seguridad interna de su país. Y que los comunistas están reali-

zando una activa campaña terrorista y subversiva cuya finalidad última es destruir esa seguridad.

Hay que comprender que Kennedy debía tomar en cuenta estas realidades a la hora de hacer sus decisiones políticas. Y que en esas realidades jugaban un papel importante sus propios cuerpos de seguridad. Los hombres que forman esos cuerpos tienen que actuar conservadoramente, medir todos sus pasos y tomarle todas las avenidas —las reales y aun las dudosas, uno diría que hasta las imaginarias— al enemigo. Nadie puede ser a la vez tan honesto y tan iluso que ignore que esto representaba un serio obstáculo para un programa como el que Kennedy se propuso realizar.

No obstante ello —que es la médula de las contracciones que a veces encontramos en su política— hay que reconocer que Kennedy tuvo un alto grado de responsabilidad en que la democracia hoy siga siendo una posibilidad, más aún, que sea una firme esperanza en este continente.

LA DERECHA NORTEAMERICANA

No puede dejar de mencionarse que Kennedy ha tenido que llevar adelante una política tan progresista y audaz, como la que hemos expuesto, enfrentando la oposición infatigable del ala derecha norteamericana, la cual es particularmente poderosa en el Congreso y en los medios que forman la opinión pública. Prueba de ello ha sido la resistencia legislativa a muchos de sus programas, ya se refiriesen al desarme, a la ayuda exterior o a los derechos civiles de los negros. Esa ala derecha, a su vez, ha estrechado sus vínculos con los círculos reaccionarios de otras partes del mundo, y sobre todo con los de América Latina.

Por eso no me parece enteramente justa la crítica de muchos liberales que han acusado a Kennedy de no presionar suficientemente sobre la opinión pública de su país para vencer las mencionadas resistencias. Continuamente se hacía referencia a las charlas radiales de Roosevelt y se sugería a Kennedy que saliera directamente a la conquista del apoyo popular. Pero entre la época de Roosevelt y la de Kennedy había una diferencia fundamental. Roosevelt capitalizó una crisis tremenda que llenó de incertidumbre y temor a su pueblo; Kennedy tuvo que gobernar en una época de prosperidad y relajamiento, cuando la nación hacía todo lo posible por dejar bien atrás los recuerdos de la última guerra. Por eso, maestro consumado de la política, prefirió usar de la negociación y la habilidad para conquistar, paso a paso y lo más discretamente posible, el terreno que lo condujera a sus altas metas.

Algún designio de la Providencia ha querido que, en el término de unos meses, hayan desaparecido de la faz de la tierra dos hombres que le abrieron nuevas perspectivas a la humanidad. Me refiero a S. S. Juan XXIII y a John F. Kennedy. Para que nadie se llame a escándalo, no los estoy comparando. Fueron hombres distintos —cada uno en su nivel y en su jerarquía. Pero ambos consiguieron, en medio de un mundo que se obstina en vivir en la oscuridad, encender un poco de luz...

ANGEL DEL CERRO

Director de la revista "Nueva Generación"

La pascua de Navidad, por su significado religioso y tradición cultural histórica, es la más rica fiesta cristiana. Además de esto, es la más adornada de nuestras fiestas por sus variadas tradiciones.

Como la Navidad se celebró desde su comienzo hasta el año 1694 junto con Año Nuevo, cuando el Papa Inocencio XII decretó que Año Nuevo se debía celebrar el 1 de enero, la Navidad tomó de él muchos elementos culturales que Año Nuevo heredó del Año Nuevo romano. Así el Año Nuevo enriqueció la Navidad de múltiples elementos que quedaron en su posesión cuando ambas fiestas se dividieron. Así resultó la Navidad con un vestido adornado y muy decorado como ninguna otra fiesta. En ello no pocos méritos tiene el Papa Gregorio Magno, quien dio aviso a sus feligreses de no destruir los templos paganos; bastaba eliminar de ellos los ídolos, asperjar los edificios y poner dentro las sagradas reliquias. Así se conservaron también muchas de las viejas costumbres. "No destruir, sino cambiar", era su máxima (1). No subir por asaltos a la cumbre, sino paso a paso. Entonces por esa puerta llegaron hasta nosotros muchas costumbres navideñas que la hacen tan interesante y simpática.

Como la Navidad surgió en el territorio del viejo Imperio Romano como reacción contra el libertinaje de los viejos habitantes de la Roma pagana que acompañaban a paso sus fiestas, especialmente las del Año Nuevo, por eso la Iglesia, cuidando de preservar a sus feligreses de la corrupción general, decretó que en Roma y en toda su zona religiosa se celebrase la Navidad y el Nuevo Año el 25 de diciembre.